VII

La Necrópoli ibérica de El Molar

(provincia de Alicante)

La Comisión provincial de Monumentos de Alicante tuvo noticia por su secretario, don José Senent, de la existencia de numerosos enterramientos de incineración en las proximidades de la sierra de El Molar, de los que eran testimonio algunas urnas cinerarias y una alhajita de oro.

La importancia de la noticia y el temor de que al levantar las cosechas existentes en aquel campo y al preparar nuevos cultivos se destruyesen objetos valiosos para la arqueología regional, decidió a la Comisión a explorar, con sus exiguos recursos, los terrenos que iban a ser cavados y a adquirir los restos de las antiguas civilizaciones que pudieran hallarse. Para ello contó desde el primer momento con la colaboración del cura y del maestro de La Marina, señores Buigues y González, y con la favorable disposición de los dueños del terreno, señores hermanos Tarí Botella.

Los resultados, si no han sido tan completos como hubieran podido ser al disponer de mayores recursos para una excavación sistemática, remuneran por lo menos sobradamente el esfuerzo de la Comisión, porque

aportan datos que considero de bastante interés científico.

Emplazamiento y disposición de la Necrópoli.

La Necrópoli estuvo situada en los actuales linderos de los términos de San Fulgencio y Elche, extendiéndose por ambos lados de la carretera de Guardamar, a un kilómetro antes de llegar al curso del Segura y a unos tres más allá del poblado de La Marina. Descansa en terreno llano, que debió estar muy próximo al mar y a la desembocadura del río, antes de que la costa experimentase el levantamiento que le señalan los geólogos y de que apareciesen las dunas que hoy la bordean por el lado oriental.

Su límite al Poniente es conocido por estar determinado por un muro, que, según referencias de personas autorizadas que lo vieron, tenía de uno a dos metros de altura y estaba formado por bloques grandes de piedra, de los que he visto alguno, apenas desbastados para darles formas rectangulares que les permitiesen buen asiento de unos sobre otros.

Coronaba el muro un toro echado (fot. núm. 1), semejante al de Sagunto, que el entonces presidente de la Comisión, señor Elizaicín, pudo recoger, descabezado, y del que en las exploraciones que se hicieron apareció media cabeza, que nos permitió identificarlo todavía más con aquella escultura.

El campo de enterramientos que le sigue se presenta cortado en dirección aproximada de N. a S. (NNE. a SSW.), y en su parte central —si la Necrópoli termina donde suponemos— por una ancha vía de incineraciones, *ustrinum*, que fué descubierta al cavar una ace-

quia de riego. Está a unos 60 cm. de profundidad, bajo un camino de carros, que ha impedido descubrirlo todo, y se compone de una capa de cenizas de cinco a 10 cm. de espesor, cuidadosamente cubierta por valvas de moluscos marinos (*pectúnculus, gaditanus* y *spondilus*), que forman perfectas hiladas empotradas en las cenizas o en una estrecha capa de tierra intermedia (fot. núm. 2).

Según referencias de los propietarios del terreno, no es este el único *ustrinum,* sino que se han encontrado otros más pequeños y aislados, en forma de cuadraditos, con la particularidad de que algunos se cubrían exclusivamente de conchas de *spondilus,* en lugar de las de *pectúnculus* que dominan en el grande, y es lo general.

Las sepulturas.

En el campo de enterramientos se han registrado más de 30 sepulturas, a unas profundidades que varían de 20 a 80 centímetros, y tenemos noticia de otras muchas destruídas antes de nuestra exploración. Sin que se pueda asegurar categóricamente, por responder la idea a una reconstitución hecha por referencias y datos auténticos incompletos, las sepulturas parecen alineadas en dirección de NW. a SE., distanciadas unos tres metros en la parte occidental y de cuatro a cinco en la oriental, y todas son individuales, salvo el caso de que en alguna urna o en algún hoyo hubiese cenizas de más de un cadáver. Sin embargo, me inclino a creer que no, porque se encontraron en el lugar correspondiente a una sepultura dos urnas de diferente tamaño, de las cuales la mayor sólo encerraba las cenizas con yeso y una concha de *pectúnculus* y la menor sólo cenizas y

huesos faltos de cal. Quiza una madre y su niño a los que se quiso enterrar juntos, pero encerrando a cada uno en su vasija.

He de hacer notar también que, con frecuencia, en el sitio correspondiente a una sepultura no se han encontrado más que piedras, una grande de cobertera y otras chicas debajo, como si se hubiese querido practicar el rito de enterramiento de alguna persona ausente.

Todas las sepulturas son de incineración, excepto dos de que luego hablaré, pero tienen tipo distinto. Unas son sencillamente un hoyo en el que se han colocado cenizas y huesos con armas y objetos de bronce o sin ellos; otras parecen tener el hoyo protegido con obra de yeso, aunque el corrimiento de tierras la haya aplastado; hay una, compuesta de una elipse de piedras toscas, clavadas de punta, formando una cavidad de 80 cm. de largo por 50 de ancho; muchas son de urnas cinerarias de cerámica, metidas en un hoyo de tierra o acuñadas con piedras unidas con yeso, que también se encuentra en el interior, amasando las cenizas y algún objeto de bronce. Fuera de las urnas adheridas a ella con yeso o sencillamente depositadas a su lado, están las armas de los guerreros, y varias de las urnas, no todas, están bajo una gran piedra, que, a modo de losa, tapa la sepultura, dejando una capa intermedia de tierra entre ella y la urna. De éstas, la que tiene tapadera se cubre con ella generalmente sin yeso y la que no la tiene usa frecuentemente el tapón de yeso.

Hay que advertir que en varias de las que no encerraban más que cenizas y objetos de bronce (con armas o no) cabe suponer que hubiese caja cineraria de madera, al estilo de las que el señor Cabré ha encontrado de

piedra en la Necrópoli de Túrugi (1), como parecen demostrarlo las cantoneras y tachuelas de bronce que debieron armarlas (fot. 3, núm. 3), semejantes las tachuelas, en forma y tamaño, a las que el señor Vives encontró en Ibiza (2). Algunas de las cajas debieron tener en sus tapas un toro, como parecen indicarlo los cuernecillos de bronce, que por parejas hemos encontrado (fot. 3, núm. 4).

Las dos sepulturas de inhumación no han podido ser estudiadas directamente por haber sido destruídas antes de que la Comisión tuviese noticia de estos hallazgos. Una era, según referencias de los campesinos, una caja de seis grandes piedras (una cista?), de las que he visto algunas, apenas labradas, como las del muro de entrada. Encerraba un esqueleto cuyos huesos hemos visto, y, cerniendo la tierra en que estaban, se hallaron dos cuentas de collar de pasta blanca, fabricadas en molde, representando una de ellas admirablemente un escarabajo y la otra una esferilla adornada al estilo de varias de las que hay en el tesoro fenicio de Aliseda (3).

La otra sepultura la supongo haber existido en unas grandes piedras (una tiene un metro de largo, por 60 cm. de ancho y 50 de alto) que se encontraron a mayor profundidad que las otras sepulturas, formando un corredor de unos 40 cm. de anchura, en cuyo fondo había muchos trocitos de bronce. Pudo ser una cámara funeraria,

---

(1) Cabré. *La Necrópoli de Túrugi. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones,* IV trimestre de 1920, pág. 220.

(2) Vives. *Estudios de Arqueología cartaginesa. La Necrópoli de Ibiza,* página 60, núm. 245 y lámina XVI, núm. 15.

(3) Mélida. *Tesoro de Aliseda.* Cáceres. Lámina de la pág. 114. Dijes del cuarto collar.

cuyo pozo parece ser recordado por el propietario del terreno como un hoyo profundo que despertó su curiosidad. Varias de las piedras componentes del muro y de la cobertera fueron transportadas a otro sitio, donde las he visto con la misma labra que las del muro, y otras, por su gran peso, fueron destruídas con pólvora.

La cerámica.

La Comisión ha podido recoger, conservándolas en el Museo de Historia del Instituto de 2.ª enseñanza, hasta diez urnas cinerarias completas, que se describen a continuación.

Las señaladas en las fotografías 4 y 5 con los números 4, 5 y 6, son del barro denominado carbonífero de superficie ahumada (1), con diferente técnica de perfeccionamiento, pues la 5 y la 6 tienen un barro más impuro, con granitos de arena, una cocción más incompleta, que se aprecia, sobre todo en la 6, por la distinta tonalidad negra y grisácea, y en la 5 se ven huellas de torno en pequeñas fajas circulares, mientras la 4 está perfectamente cocida y uniforme y la fractura acusa un barro bien purificado. Le faltan a ésta las asas que iban desde la boca a la panza del vaso y que tenían nervio central.

Las señaladas en la fotografía 4 con los números 7, 8 y 9, son de barro amarillento rojizo, de cocción uniforme, y, como todas las halladas y los restos encontrados, sin baño de arcilla ni barniz. No tienen decoración, salvo en la número 9 unas rayas negruzcas cruzadas, que lo mismo pueden atribuírse a los efectos del

(1) Franchet. *Ceramique primitive.* París, 1911, págs. 86 a 90.

fuego en la cocción que a una tentativa fracasada de pintura en forma de red. La 7 y la 8 sustituyen las asas con muñones taladrados, que permiten la sujeción de las tapaderas, que también los tienen.

Las que indico en las mismas fotografías con los números 10, 11 y 12 son del mismo barro y perfeccionamiento en la cocción, pero están decoradas con listas y fajas de color rojizo oscuro que rodean el vaso a diferentes alturas, agrupándose las primeras en cintas formadas por tres, cuatro o cinco líneas, que, en conjunto, tienen la misma anchura que las fajas. Además, en el reborde de la indicada con el número 10 hay triángulos formados con sectores de círculos concéntricos, con el vértice hacia abajo.

La señalada con el número 13 (fot. 5), del mismo barro y adorno que las anteriores, tiene la particularidad de haber sufrido con anterioridad a la pintura un *engobe* de yeso, que la blanquea como si se hubiera pretendido dar al vaso el aspecto del huevo de avestruz, según la hipótesis del arqueólogo Cabré ante casos semejantes.

La forma de las urnas no se detalla porque las fotografías las revelan. En todas predomina el tipo panzudo y las características que los especialistas señalan a la cerámica ibérica. Un rollo de cerámica, empleado sin duda como soporte de algún vaso de forma ovoide (fotografía 4, núm. 14), semejante a los de Túgi, parecen confirmar un abolengo oriental.

Se han recogido, además, numerosos trozos de cerámica del mismo carácter, y acusando un progreso en la técnica, desde los de barro arcaico, mezclado con arena y piedrecitas blancas hasta los más compactos y uni-

formes; pero igualmente sin baño ni barniz y sin decoración o con la más rudimentaria de líneas y fajas. Con ellos han aparecido en abundancia muchos restos de cerámica helénica o italo-griega que parecen proceder de cráteras y otros vasos pintados con el negro brillante, dado a veces sobre un rojo preparatorio. No ha sido posible reconstruír ni la forma ni el dibujo de ninguno y deberán datar de los siglos v o iv. En la fotografía 6, núm. 15, se representa uno de los trozos más completos.

Tiene, a mi juicio, algún interés la escasez de fusayolas o pseudo-fusayolas, si, como se pretende, no son husillos sino cuentas de collar. En todo el campo registrado no hemos encontrado más que tres; dos del tipo corriente o globular (fot. 7, núms. 16 y 17) y otra de un tipo especial cóncavo-convexo (fotografías 6 y 7, núm. 18) que no parece frecuente y que es igual a otra de la Necrópoli púnica de Ibiza, en la que también escasean estos objetos (1).

A la cerámica agrego por su afinidad los objetos de loza, formada por tierra blanca muy fina con baño vidriado, que parece el de sílice y sosa del estilo egipcio. Hay unos trozos de anforilla (según explican los que la rompieron) que en la parte correspondiente a su vientre tiene un adorno reticulado en relieve (fotografía 6, núm. 19). La superficie exterior, algo deteriorada, conserva, sin embargo, bien visible su vidriado de un blanco amarillento.

Y se han encontrado en sepulturas distintas dos idolillos de loza blanca brillante, que a mi juicio tiene en

(1) Vives. *Ob. cit.*, págs. XXXVIII y 175.

esta región un precedente. Hace tiempo encontró un labrador en Orcheta un ídolo, cuya fotografía envío (fotografía 8, núm. 20), que es de piedra caliza veteada, con una cabeza semejante a la de las figuras humanas de la escritura protoelamita y unas manos toscamente labradas que simulan cogerse los pechos. Con ella apareció otra de pasta blanca, que no he podido ver, pero que según referencias del que la tiene se le asemeja bastante, y unos trozos de bronce.

Aislado aquel hallazgo, no pudo considerarse en su valor arqueológico; pero al encontrar en esta Necrópoli estos idolillos de loza blanca y uso desconocido, revueltos en las cenizas de enterramientos, que con seguridad no se han removido antes, me inclino a suponer que tengan su relación con aquél y que unos y otros quieran referirse a la Diosa Madre, tan venerada en los países del Mediterráneo oriental y asimilada por los cartagineses a su diosa Tanit, con cuyos signos de las estelas funerarias parecen tener alguna semejanza (1).

Tienen, en efecto, como aquél dos ensanchamientos de los que el superior tiende a la forma esférica con un saliente que remeda una nariz, y el inferior, repartido en dos bolitas a manera de pechos, se aproxima al tronco de cono (fot. 8, núm. 21). Faltan, sin embargo, los brazos levantados, que ofrecían sus dificultades en la piedra y en la loza. Altura de los idolillos, 3 cm.

Las armas.

Se han hallado armas de hierro con gran profusión, hasta el punto de que las tenían la mayor parte de las

(1) Vives, *ob. cit.*, reproduce varios en la lámina XXIX, núms. 23 a 27, y Church, *Historia de Cartago*, págs. 149 y 222. En esta obra, págs. 175 y 244, se ven vegetales con dos ensanchamientos análogos.

sepulturas, si bien no existía uniformidad en cuanto al número y clase de armas que correspondía a cada soldado. Suelen estar en mal estado por la acción de la humedad, adheridos los trozos de unas a los de otras; pero se han encontrado algunas enteras y se han podido reconstruír otras, de modo que permita darse cuenta de la variedad de tipos existentes, a los que es fácil asimilar los trozos sueltos.

En primer lugar sorprende la ausencia total de falcatas. Aquí el tipo de hoja curva sólo tiene su representación en los cuchillos (fot. 7, núms. 22 y 23), que, por su disposición, son considerados por algunos arqueólogos como el natural precedente oriental.

El puño de todas las espadas, a excepción de una sola, es hueco y de sección circular, apreciándose en la mayor parte de ellas, empotrado en el interior del tubo de hierro, otro de bronce que quizá correspondía a una armazón de forma triangular al estilo del remate del puñal doble globular que describe el señor Bosch y Gimpera en su estudio sobre la civilización post-hallstáttica (1), pero sin la rama central. Se ha encontrado un armazón de éstos completo (fot. 7, núm. 24) separado de la espada a que debió pertenecer y a la que se ha unido en la fotografía, y hay otro que debió pertenecer a un puñal.

Otro remate de puño es con doble bola, última degeneración de la espada de antenas, que también se ha encontrado en Villaricos (Almería) y otros lugares de An-

(1) Bosch y Gimpera. *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, IV trimestre de 1921, pág. 269.

dalucía (1). Aquí no ha aparecido más que uno entero, también separado de su mango correspondiente, aunque en la fotografía se halla colocado junto a una lanza completamente ajena a él (fot. 9, núm. 25), y hay además otro medio, con una sola bola y separado del mango.

Finalmente, otra forma de puño es con una bola terminal, teniendo en el centro del mango otro ensanchamiento como el puñal doble globular (fot. 9, núm. 26) o sin tenerlo (fot. 9, núm. 27), pero en este caso tienen en el interior restos de armazón de bronce.

Las hojas de todas las espadas tienen longitud de 30 a 35 cm. y son rectas siempre, pero de diferente anchura, como se aprecia en las fotografías 7 y 9, predominando la hoja estrecha. Tienen nervio central y la fractura acusa su formación con tres láminas de acero.

De hierros de lanza sólo tengo la seguridad de dos de lanza larga (fot. 9, núms. 25 y 27), pero regatones se han encontrado muchos más, oscilando su longitud desde 12 a 30 cm. (fot. 7, núm. 28).

Abundan también los puñales de hoja ancha y unos 20 cm. de longitud, pero con bastantes diferencias entre sí, pues unos tienen nervio central y puño cilíndrico, como las espadas; otros, con este puño tienen el nervio central desviado, como destinados más bien a manejo de machete, y otros (fot. 10, núm. 29) carecen de nervio central, sustituído al parecer por otros pequeños, y su empuñadura del tipo doble globular se diferencia de las de las espadas en que es aplastada, de sección elíptica y el ensanchamiento del centro del mango es también alargado y no circular.

(1) *Hispania*, de Schulten. Apéndice de Bosch y Gimpera. *La Arqueología prerromana hispánica*, págs. 190 y 191.

Las vainas (fot. 10, núm. 30) están formadas por dos láminas delgadas (desaparecidas) encerradas en un canalillo de bronce por cada lado, unidos por abrazaderas anchas y con una anilla a cada lado, al estilo de las de Numancia (1), teniendo, a diferencia de aquéllas, las dos anillas en la misma abrazadera y no en abrazaderas distintas.

No creemos haber encontrado en ninguna parte la lanza o dardo, todo de hierro, considerado por el marqués de Cerralbo como el *soliferreum,* descrito por Tito Livio (2), salvo que puedan corresponder a tal arma unos trozos cilíndricos y macizos, que muy bien pudieran ser igualmente de bocados o filetes de caballo; pero, de cualquier manera, estos trozos, que no parece puedan asimilarse a las armas, son escasísimos en número.

Objetos de bronce.

Ya se ha hecho mención anteriormente de las cantoneras y tachuelas que debieron armar las cajas cinerarias de madera y de las parejas de cuernecillos que quizá correspondieron a toros que adornaban sus tapas.

Siguen en importancia, a mi juicio, para caracterizar la estación, unas manos y brazos, que, sin duda, rodeaban un braserillo o plato idéntico en su forma (fots. 6 y 11, núms. 31, 32 y 33 repetido) al braserillo cartaginés de Aliseda (3) y a los hallados en otros lugares que los cartagineses dominaron como en las Necrópolis de Tú-

(1) *Numancia.* Memoria de la Comisión ejecutiva de las excavaciones. Lámina LVI.

(2) Cerralbo. *Las Necrópolis ibéricas,* pág. 37.

(3) Mélida. *Tesoro de Aliseda. Boletín de la Sociedad Española de Excursiones,* II trimestre de 1921, pág. 120.

tugi y Villaricos, con sus anillas en el antebrazo para las asas y con sus rosetas en el anverso (fot. 11, número 34) sujetando el borde de la chapa fina del braserillo o plato, cuyos restos aparecieron juntamente con ellas en la segunda supuesta sepultura de inhumación.

Tenemos tres manos, correspondientes por lo menos a dos braserillos, y, aunque sea una hipótesis atrevida, no he de ocultar que, a mi juicio, corresponden a la idea del *Ka* egipcio, tantas veces representado de modo semejante en sus monumentos; pero no entendido en el sentido del *doble* del cuerpo, sino en el del ser divino que ampara a su correspondiente persona, proveyéndolo en sus necesidades y uniéndosele en la muerte (1).

Las fíbulas son todas del tipo circular y puente alto, mal llamado ibérico, puesto que abunda en el occidente de Europa. Su variedad consiste en que unas tienen el puente sin abultamiento y muchas vueltas a los lado del mismo, en el arranque de la aguja y de la charnela, mientras otras (fots. 8 y 11, núms. 35 y 36) tienen el puente abultado y sin tantas vueltas en su arranque como las de Despeñaperros y las que Vives encontró igualmente en Ibiza (2).

Una variante de éstas, que por cierto no conserva entero el anillo, aunque se le ve perfectamente en los restos que quedan, alarga el extremo del pie del puente en sentido recto, sin iniciación de la vuelta hacia arriba de las de la Tene, y el puente se muestra tan abovedado y ancho, al estilo de las fíbulas italianas de *navicella,* que

(1) Moret. *El Nilo y la civilización egipcia,* trad. de Luis Pericot García. Biblioteca de Síntesis histórica, dirigida por Henri Berr, tomo VII, página 210.

(2) Vives. *Ob. cit.,* lámina XVI, núms. 9 y 10.

parece un comprobante de la hipótesis de Dechelette de que los cartagineses aportasen a Iberia tipos remotos del N. de Italia. Un adorno serpentiforme (fot. 3, número 38), sea interpretado como fíbula o como broche de cinturón, puede confirmar esta opinión.

Completan la relación de objetos interesantes dos broches de cinturón de diferente tipo; uno de tres garfios (fot. 3, núm. 39) y escotaduras abiertas al parecer y otro de un solo garfio (fots. 3 y 8, núm. 40) y también posibles escotaduras que no se pueden comprobar por tener, como el anterior, roto el pie. Este segundo tiene incrustada y sostenida por un clavo central una lámina de plata con dibujos geométricos, separados en zonas, en la segunda y cuarta de las cuales pudiera verse una estilización de la figura humana.

Y no concedo menos importancia a un botón de forma especial (fots. 6, 8 y 11, núm. 41), idéntico en la figura y tamaño al hallado por Vives en la Necrópoli de Ibiza (1), sin que yo tenga noticia de otro igual, y siendo único, a lo que parece, en ambas necrópolis.

Otros varios objetos fraccionados de bronce tienen menos interés, por no haber podido reconstruír su figura, ni ser fácil suponer el fin a que se destinaron, a no ser una superficie cónico-truncada (fig. 42, fot. 3), que quizá sirvió de pie a un vaso de vidrio.

Alhajas y monedas.

Las alhajas son pocas, indicando una gran pobreza de la gente que utilizó la Necrópoli, ya que no cabe pensar en saqueos de las sepulturas intactas.

(1) Vives. *Ob. cit.*, pág. 60, núm. 248 y lámina XVI, núm. 12.

Hay una de oro, a la que se aludió al principio, en forma de doble arete (fot. 6, núm. 43), con los dos extremos adelgazados, doblados sobre el lado opuesto en cuatro vueltas en espiral, de idéntico modo a los descritos por don Antonio Vives en su citada obra (1), y hay otros anillos de plata, sencillos o de la misma figura que el arete de oro, procedentes de sepulturas femeninas (fotografía 11, núms. 44 y 45).

Sólo se ha encontrado una moneda en el campo, que más bien parece caída que enterrada expresamente. Está en muy mal estado de conservación y apenas si pueden verse con relativa seguridad o letras cartaginesas de una doble inscripción o signos de insignias militares romanas.

Conclusión.

Creería dejar este trabajo incompleto si no expusiese mi modesta opinión sobre los hallazgos, si bien con las reservas que imponen mi escasa autoridad en materias arqueológicas y la insuficiencia de la exploración por la falta de medios para practicarla más completamente.

Las armas, las fíbulas, los broches y las fusayolas indican que se trata de una Necrópoli ibérica, que pudo corresponder a los siglos IV y III a. d. J. C., cuando en el gusto artístico de aquel pueblo se marca una gran decadencia, que se revela especialmente en los míseros ornamentos de la cerámica y en su pobreza de formas, acusadoras de una reminiscencia oriental originaria.

Los restos de cerámica helénica, pertenecientes, sin duda, al siglo IV, y los objetos de origen fenicio y cartaginés, muestran un intenso comercio con aquellos pue-

(1) Pág. 4, núm. 132 y lámina IX, núm. 18.

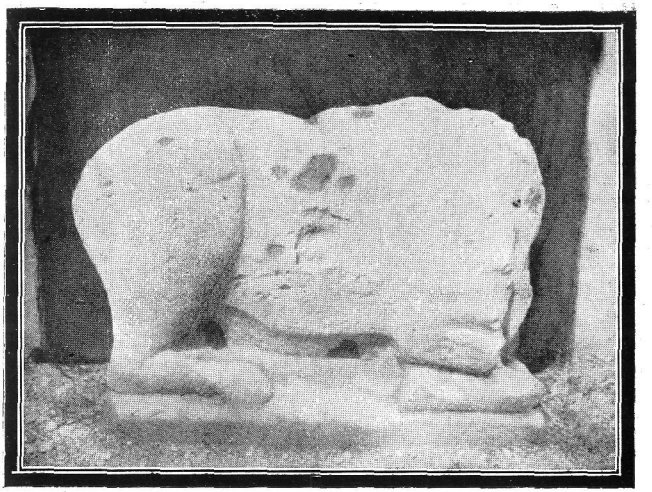
blos y quizá un contacto directo, cuando las colonias griegas se extendieron por esta región y cuando los cartagineses la dominaron, si la Necrópoli fué utilizada, como supongo, hasta el siglo III.

Precisamente en la fusión de las tres civilizaciones dichas consiste el gran interés arqueológico de esta región, antigua Contestania, de la que parecen irradiar hasta muy lejos esas esculturas de personas, bichas y animales en las que generalmente se ha advertido una filiación religiosa oriental, desarrollada con técnica artística helena por artistas iberos con material y modelos regionales.

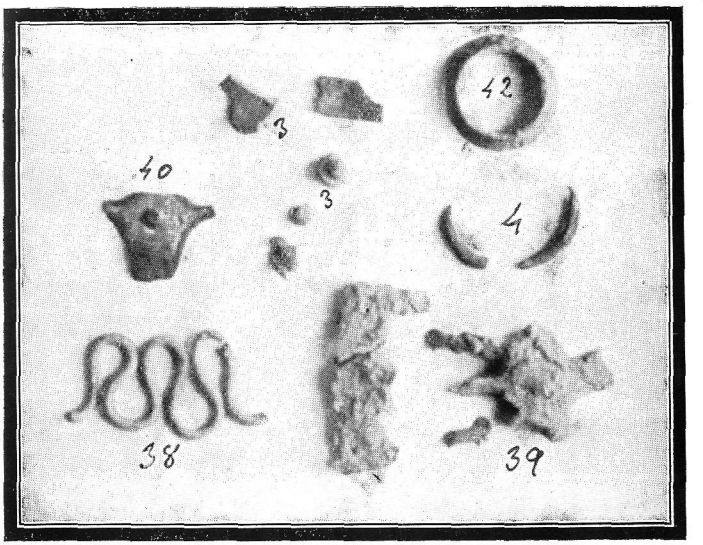
Pero la Comisión de Monumentos de Alicante no ha podido lograr, a pesar de sus activas gestiones, ninguna subvención de la Diputación provincial, ni dispone de Museo adecuado en que colocar los objetos arqueológicos, y en estas condiciones es muy difícil seguir las investigaciones (1).

JOSÉ LAFUENTE VIDAL.
Correspondiente.

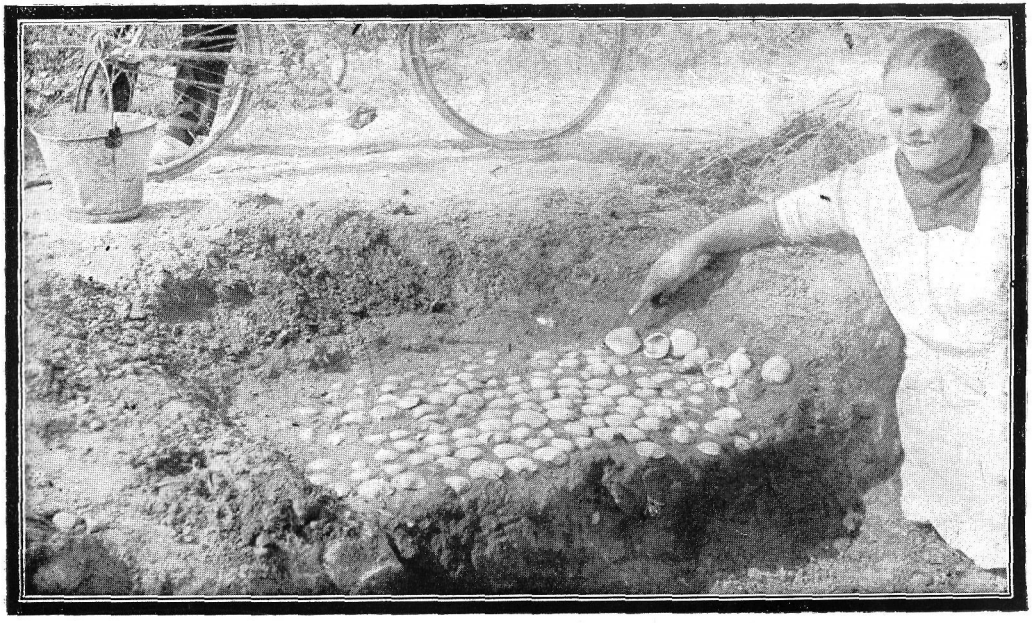
(1) Posteriormente a la redacción de este artículo la Diputación ha concedido 500 pesetas para que la Comisión de Monumentos pueda continuar sus exploraciones.



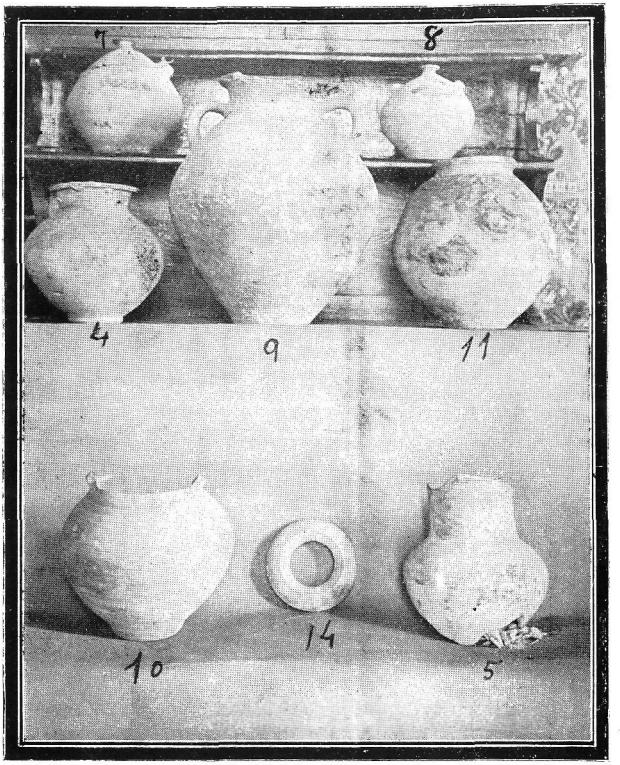
Fotografía núm. 1.



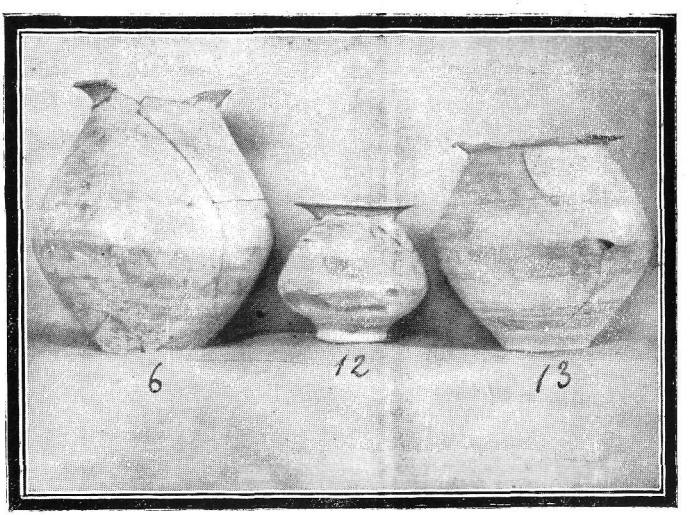
Fotografía núm. 3.



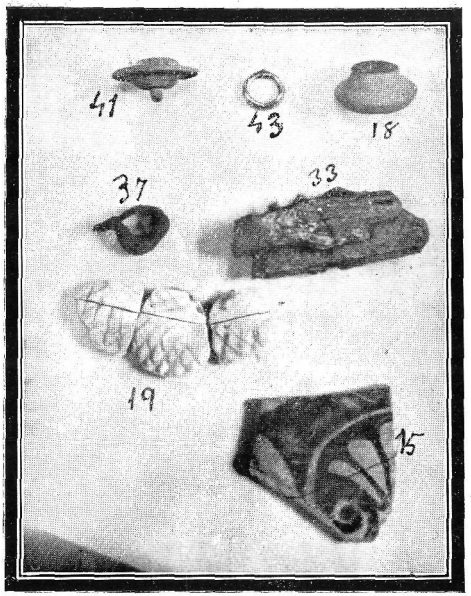
Fotografía núm 2.



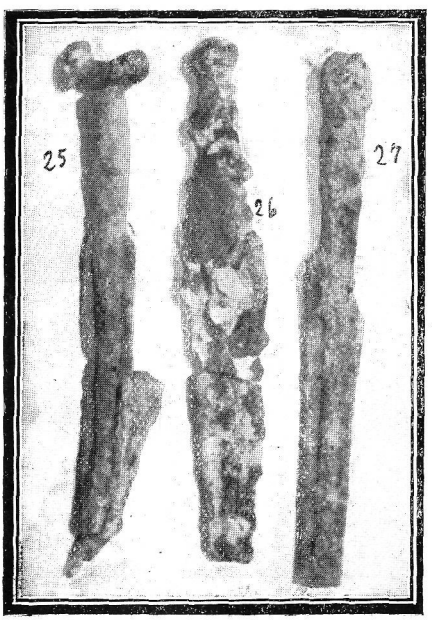
Fotografía núm. 4.



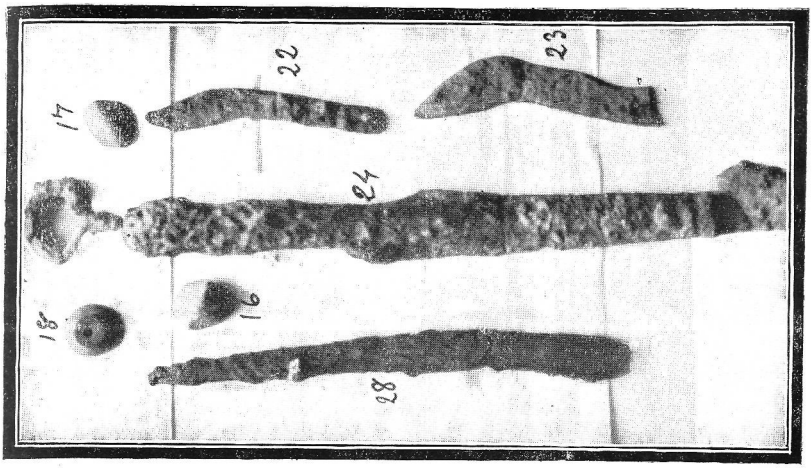
Fotografía núm. 5.



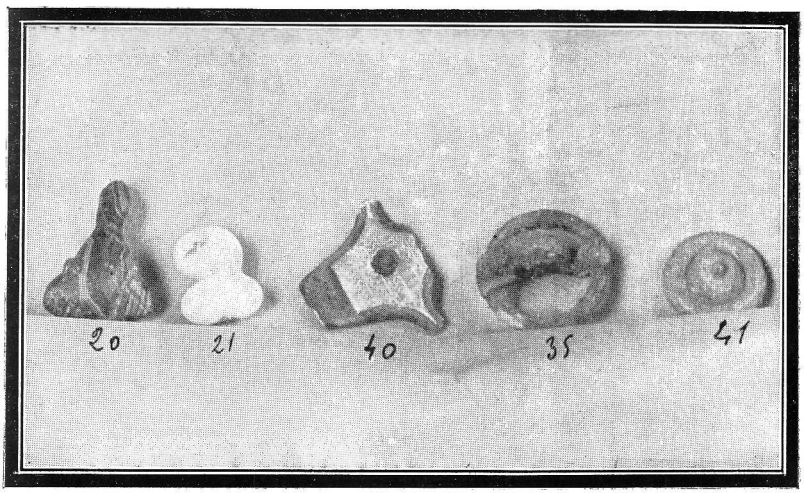
Fotografía núm. 6.



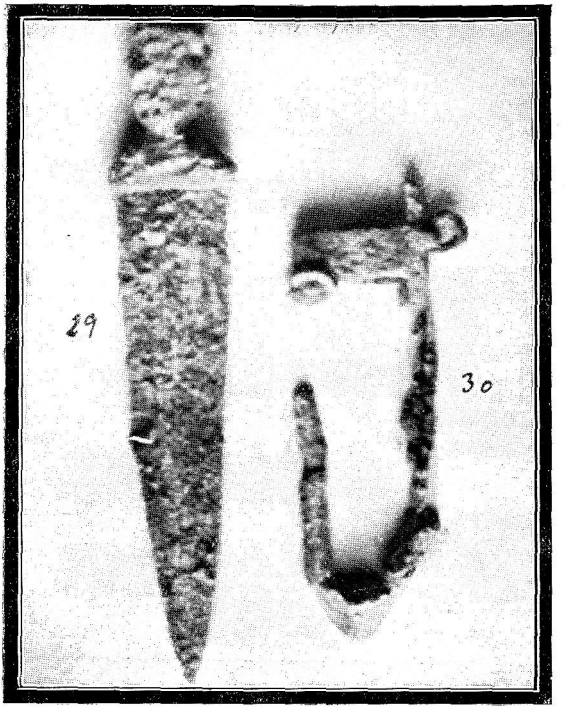
Fotografía núm. 9.



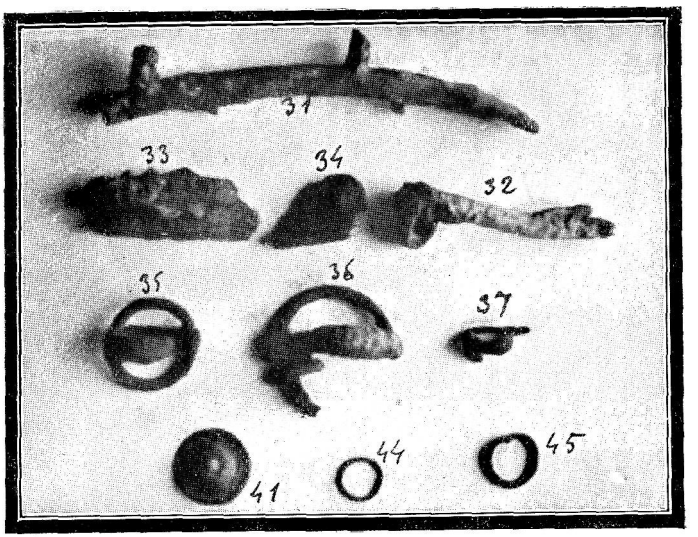
Fotografía núm. 7.



Fotografía núm. 8.



Fotografía núm. 10.



Fotografía núm. 11.